

instruccion. Sirven para nuestro consuelo, porque, viendo a un apóstol tan santo y tan amado de Dios padecer tan amargas tribulaciones, que en medio de su conformidad y de su paciencia llegó á decir que le era odiosa la vida, ¿quién será aquel que pretenda vivir exento de tribulaciones, y que deje de reconocer que Dios las permite en sus amigos, para tener la complacencia de verlos pelear, y el gusto de socorrerlos cuando se hallan en el último apuro? No ha habido bienaventurado que no haya padecido tales congojas y miserias en esta vida, que necesitase de todos los confortativos de la gracia para ser sufridas. Los apóstoles padecieron trabajos de tal variedad y gravedad, que seria prolijo el haber de referirlos. La misma madre de Dios se vió pobre, abandonada de su esposo, sin la comodidad necesaria para albergar al Hijo de Dios, y precisada á un destierro entre gentes idólatras; seria demasiada presuncion el que tú pretendieses para ti mejor suerte que la que Dios destinó para sus apóstoles y para su Madre. Nos sirven tambien las palabras de san Pablo de instruccion, porque por ellas conocemos que solamente en Dios se puede encontrar una confianza segura cuando instan los males y los peligros. Por ellas somos enseñados cuánto yerran los que confían en los bienes falibles de este mundo; porque ni las riquezas pueden librar de una enfermedad al poderoso, ni la edad robusta al jóven, ni la autoridad al magistrado, ni al sabio su sabiduría, ni aun á los príncipes soberanos todo el esplendor y grandeza de su cetro y su corona. Todo esto prueba que el Señor es bueno para los que esperan en él, como dice Jeremías; y que va errado, y echa sobre sí la maldicion, como dice el mismo (1), *el hombre que confía en otro hombre, haciendo que la carne sea su escudo, y apartando del Señor su corazon.*

(1) Cap. 17.

---

**DIA TERCERO.**

**SANTA SERAPIA VÍRGEN, Y SANTA SABINA, VIUDA,  
MÁRTIRES.**

Fué santa Serapia una doncella de Antioquia de Siria, hija de padres cristianos, que al primer fuego de la persecucion se retiraron á Italia, llevándose consigo á la niña, y dedicándose con el mayor cuidado á educarla en las máximas mas santas de la religion, é inspirándole desde la cuna un santo horror á los devaneos del mundo. Muertos sus padres, fué pretendida la tiernecita huérfana por los primeros caballeros de Roma, enamorados de su extremada belleza, de su rara discrecion y de todas las demás singulares prendas que á porfia la adornaban; pero la santa doncella, que habia resuelto no admitir otro esposo que á Jesucristo, tuvo el valor y la dicha de evitar todos los lazos que le armaron, y quiso mas ser la criada de jóven viuda, que ser contada en el número de las señoras romanas.

Era esta viuda la ilustre Sabina, hija de un caballero de Umbria, llamado Herodes, que en tiempo del emperador Vespasiano habia hecho en la corte de Roma un papel muy distinguido, y se hallaba viuda de un oficial que se habia señalado mucho en los ejércitos del emperador. Tenia Sabina la desgracia de ser gentil; y como no le sobraba otra cosa que bienes y conveniencias, era una de las damas que brillaban mas y metian mas ruido en la corte. Apenas habia estado Serapia dos meses en su compañía, cuando le ganó enteramente el corazon, pasando de las obligaciones de criada á todas las confianzas de la mas

querida amiga. Como Serapia estaba dotada de un entendimiento superior, y de una virtud todavía mas superior á su despejado entendimiento, se aprovechó con tanta discrecion y con tanta oportunidad del tierno amor que Sabina le profesaba, que poco á poco le fué abriendo los ojos en materia de religion, haciéndole tan palpable la ridiculez y la impiedad de las paganas supersticiones, que la convirtió á la fe de Cristo; y disponiendo que recibiese el santo bautismo, tuvo el consuelo de verla sobresalir entre las señoras cristianas mas fervorosas. Luego que la consideró bien arraigada en la fe, y la vió descollar tanto en una eminente virtud, la aconsejó se retirase á una de sus posesiones de Umbria, que se llamaba Vendina, adonde la siguieron tambien algunas doncellas cristianas que formaron como una pequeña congregacion, convirtiéndose la casa de Sabina como en cierta especie de religioso monasterio. Servian todas juntas á Dios tranquilamente en su retiro, cuando hácia el principio del año 175 se levantó una persecucion contra la Iglesia; y sabiendo el gobernador de Umbria, por nombre Berilo, que todas eran cristianos en casa de Sabina, le envió una orden para que luego mandase llevar á su presencia todas las doncellas que estaban retiradas en su casa. Excusóse Sabina de obedecer aquella orden, y no permitió que ninguna de ellas saliese; pero previendo la prudencia de Serapia las malas resultas de aquella resistencia, y animada de una viva confianza en su esposo Jesucristo, suplicó á Sabina que le permitiese á ella sola presentarse delante del juez, esperando que no la abandonaria el Señor, y que con la asistencia del cielo podrian conjurar aquel nublado. Conocia muy bien Sabina el peligro á que se exponia Serapia; y como la amaba tan tiernamente, reconociendo que despues de Dios á ella sola debia su salvacion, no

perdonó diligencia alguna para desviarla de aquel arriesgado pensamiento; pero viéndola tan empeñada en él, y que á competencia de las dificultades avivaba las instancias, no dudó ser inspiracion del cielo; pero en todo caso quiso ella misma acompañarla á casa del gobernador, adonde se mandó conducir en una litera.

Recibióla Berilo con el mayor respeto, bien informado de su calidad y de sus prendas personales, contentándose con decirle extrañaba mucho que una señora de su esfera se abatiese hasta el punto de seguir las extravagancias de los cristianos, y eso á persuasion de una infeliz hechicera, pues así llamaban á Serapia los gentiles cuando supieron que habia convertido á Sabina, atribuyéndolo todo á hechizos y encantamientos. Respondióle Sabina que entre cristianos se ignoraba absolutamente todo lo que se llama encantos, hechizos y sortilegios, ni se reconocia otra causa de aquellos maravillosos efectos que la gracia del Dios de los cristianos, en cuyas manos está el corazon de los hombres, y que ella deseaba vivamente que él mismo tuviese la dicha de experimentar aquella especie de encantos. Nada le replicó Berilo, y despidiéndose Sabina de él, se restituyó á su casa en compañía de Serapia.

Creyóse que el gobernador la dejaria vivir en paz acompañada de sus doncellas, ó convencido ó acobardado de la generosa resolucion con que le habia respondido; pero tres días despues envió á prender á Serapia por sus ministros ó arqueros, con orden de que la condujesen al pretorio para ser examinada judicialmente y con toda solemnidad. Sobresaltada Sabina con aquella violenta novedad, la siguió á pié, y se valia de los ruegos, de las promesas y de las lágrimas para que no se maltratase á una persona tan de su cariño, contra la cual no podia haber acusacion que

no fuese inicua y calumniosa; pero no habiendo podido conseguir gracia alguna, se restituyó á su casa destaciéndose en amargo llanto. Entre tanto, mandando Berilo á Serapia que se acercase, le preguntó de repente si queria sacrificar á los dioses que adoraban los emperadores; á lo que respondió la santa doncella sin la menor señal de turbacion, que siendo, como era, cristiana, ni cenocia, ni temia, ni adoraba á otro Dios que al único Señor todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y que le causaba extrañeza tuviesen valor para proponerle que tributase adoracion á unas mentidas deidades, que ella reputaba por demonios verdaderos. *Pues á lo menos*, replicó el juez, *véate yo sacrificar á ese tu Cristo. Esa es una cosa muy fácil*, respondió la santa, *pues todos los dias le ofrezco sacrificios, adorándole sin cesar, y pasando en oracion los dias y las noches. Pero ¿qué especie de sacrificios le ofrezco*, repuso con soberania Berilo, *y en qué templo le ofrezco esos sacrificios?* *El sacrificio que le ofrezco*, y el que es mas de su divino agrado, dijo la santa, *es conservarme pura y limpia por medio de una casta vida, persuadiendo á otros con mis ejemplos y con mis palabras á que hagan tambien profesion de consagrarle la misma pureza.* *¿Y á eso llamas tú el templo de tu Dios*, replicó el juez, *y esos son tus sacrificios?* *¿Pues qué cosa se puede hallar mas digna de verdadero Dios*, respondió Serapia, *que honrarle y servirle con la inocencia de las costumbres y con la santidad de vida?* *Segun eso*, repuso Berilo con desden, *¿tú misma eres el templo de tu Dios?* *¿Quién lo duda?* respondió la santa, *con tal que me conserve inocente y pura con el auxilio de su gracia. De esa manera*, respondió el juez con cierto ademan de burla, *fácil me será encontrar medio para que dejes de ser su templo. El Dios á quien adoro*, respondió Serapia, *y á quien me consagré desde mi infancia, le encontrará tambien para*

*estorbar que este su templo sea manchado ó profanado.* Al oír esto, dió orden el impío juez á dos infames jóvenes egipcios que forzasen á Serapia dentro del calabozo; pero la santa hizo fervorosa oracion al Señor, suplicándole no permitiese que su esposa fuese violada, y al punto se le apareció un ángel á la puerta del calabozo, despidiendo de sí un resplandor tan brillante, que, atemorizados los dos lascivos mancebos, cayeron derribados como muertos en el mismo sitio. Habia dado orden el gobernador al carcelero que el dia siguiente condujese otra vez á Serapia delante de su tribunal, y pasó á darle cuenta de que habia encontrado á los dos egipcios tendidos como muertos á la puerta del calabozo, sin voz, sin movimiento y sin sentido. Sorprendióle mucho tan extraño como no esperado suceso, y preguntó á Serapia con qué encantos ó hechizos habia reducido á aquellos dos mozos á tan deplorable estado. *No me valí de otros hechizos*, respondió la santa, *que de la omnipotencia de mi Dios, que no permitió fuese insultada su indigna y humilde sierva. La oracion y la confianza en nuestro Dios son todo nuestro recurso. y á esto se reduce toda la magia y toda la hechicería de los cristianos.*

*Dejemos esos artificiosos razonamientos*, dijo Berilo, *arrebatado ya de cólera y de furor; y una de dos, ó sacrifica prontamente á nuestro Júpiter, ó disponte á perder la vida. Esa amenaza*, respondió Serapia, *es puntualmente la que corona mi dicha, poniendo el colmo á mi alegría. Preguntábase poco ha qué sacrificio ofrecia yo á mi Dios. Y ahora te respondo que será el de mi vida, y me tendré por muy dichosa si mereciere derramar mi sangre por amor de aquel Señor de quien recibí el ser que tengo, y en quien espero me ha de hacer bienaventurada por toda la eternidad.* Irritado el prefecto con tan cristiana respuesta, mandó que la moliesen á palos; y viéndola invencible, pronunció la

sentencia de que le cortasen la cabeza, con cuya ejecucion se consumó el glorioso martirio de la santa hácia la mitad del segundo siglo, añadiendo esta cristiana heroína la corona de mártir á la de virgen. Informada de todo santa Sabina, tuvo cuidado de retirar su santo cuerpo, y de hacerle magníficos funerales; piedad que tardó poco en ser recompensada con el merecido premio; porque, retirada á su casa despues del martirio de su querida amiga Serapia, solo se ocupaba en meditar la felicidad de los santos, pasando en oracion los días y las noches, siendo cada día mas ardiente el deseo de derramar su sangre por Jesucristo, y esperando conseguir esta gracia del Señor por la intercesion de su querida Serapia. No la esperó por largo tiempo; porque, aunque Berilo respetó siempre su calidad, su nombre y su virtud, sin atreverse á inquietarla, dejándola entera libertad dentro de su casa, y permitiéndola se ejercitase libremente en sus acostumbradas buenas obras; concluido el tiempo de su prefectura y gobierno, se presentó un sucesor que no tuvo la misma atencion con nuestra santa. Llamábase Elpidio, hombre feroz y cruel, que á nadie respetaba; y noticioso de que Sabina hacia pública profesion de cristiana, la mandó prender, y que compareciese ante su tribunal, donde la trató con tanto desprecio, con tanta altanería, como si ignorase su calidad y las atenciones que se merecia su ilustre nacimiento. Envióla despues á la cárcel, mandando marcarla con un hierro, como pudiera á una vil esclava. Ninguna princesa subió jamás al trono con mayor alegría en el corazon que la que sintió Sabina cuando se vió en el calabazo. *¿Es posible*, exclamaba como fuera de si por aquella inundacion de consuelos celestiales que anegaban en delicias toda su alma, *es posible que he de tener yo parte en la misma corona que mi dulcísima Serapia? ¿Qué honra, qué dicha la mia*

*en dar la vida por mi Señor Jesucristo! A la intercesion de mi querida Serapia debo sin duda esta inestimable gracia.* Habiase persuadido Elpidio que el sonrojo y la incomodidad de la prision la harian mudar de parecer; y mandándola presentar en su tribunal el día siguiente, le dijo con cierto aire de desprecio, y con un tono de voz imperiosa y levantada: *¿Cómo te has envilecido tanto, que hayas querido tomar partido entre los cristianos, gente indigna y miserable, que hace gloria de la mendiguez, y por una especie de encanto tan lastimoso como risible, igualmente desprecia las riquezas que el honor, la estimacion y la vida? Muy ruin alma te debió tocar en suerte cuando te has abatido á tan bajos pensamientos.* Con tu licencia, respondió Sabina, *es muy ajeno de la verdad ese errado concepto que has formado de la religion cristiana, y bien se conoce que no penetras ni su nobleza, ni su excelencia, ni su valor. No es baja de ánimo despreciar las riquezas y los honores de la tierra por merecer los del cielo: es prueba de prudencia hacer un trueque en que se va á ganar tanto; y si en algo se descubre una grandeza de alma verdaderamente superior, es en el generoso menosprecio de los caducos bienes de este mundo. Lejos de degenerar de la nobleza con que nací profesándome cristiana, le añadido un esplendor que se conservará indeleble eternamente. Si de algo se hubiera de avergonzar una persona de distincion, una persona de algun poco de razon, seria de doblar la rodilla, y de humillarse delante de unos idolos, sin otro valor ni precio que el que les da la materia, y les comunica la mano del artifice, siendo la cosa mas vergonzosa ofrecer sacrificios á los demonios.*

Mientras hablaba Sabina con una modestia y con una majestad que encantaba á los circunstantes, estaba Elpidio como embargado y suspenso; pero volviendo en si, y mudando de tono y de semblante: *Creedme,*

*señora*, le dijo con urbanidad y con agrado, *creedme, y dejaos de todas esas engañosas preocupaciones, volviéndoos á la religion de vuestros padres. Los emperadores adoran á nuestros dioses, razon será que vos tambien los adoreis; ruégoos que no os querais obstinar en vuestras extravagantes quimeras, porque me obligaréis á quitaros la vida, y á trataros con el último rigor. Dueño sois de hacerlo*, respondió la santa; *podréis quitarme la vida, pero no hacerme mudar de religion. Tratad de quimeras y extravagancias á esas vuestras infames paganas supersticiones, y no á las infalibles verdades de la religion que profeso. Cristiana soy, y solo adoro al verdadero Dios que adoran los cristianos.* Apurado ya el sufrimiento de Elpidio en vista de la constante magnanimidad de la santa, pronunció en fin la sentencia, condenándola á la confiscacion de todos sus bienes, y á que fuese degollada. Luego que oyó Sabina la sentencia, levantó los ojos al cielo, y sin poder contener el gozo dentro del pecho, exclamó inundado el semblante en alegría. *Yo os rindo, Señor, mil gracias por la merced que me haceis; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Al acabar de pronunciar estas palabras, le cortó el verdugo la cabeza; áspoliendo la divina Providencia que sucediese su glorioso martirio en el mismo dia, aunque un año despues, que el de su querida Serapia, y fué el 29 de agosto. Pero por estar destinado este dia á celebrar el martirio de san Juan Bautista, fijó la Iglesia la fiesta de las dos santas al dia 3 de setiembre, en que fueron elevados de tierra sus cuerpos y trasladados á Roma por los años de 430, colocándose en la iglesia que se edificó en el monte Aventino con el titulo de Santa Sabina.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Serapia, virgen, la cual, habiendo sido entregada bajo el emperador Adriano á dos

jóvenes desenfrenados que no pudieron recabar nada de ella, y no habiendo sido lastimada por las teas encendidas que le aplicaron, fué apaleada de orden del juez Berilo, y por último decapitada. Padeció el martirio el veinte y nueve de julio, y santa Sabina la enterró en su sepultura, junto á la area de Vindiciano. Pero la conmemoracion de su martirio es celebrada este dia en que el sarcófago de ambas fué establecido y adornado, consagrándole para que sirviese dignamente de oratorio.

En Corinto, la fiesta de santa Feba, de quien habla el apóstol san Pablo en su epístola á los Romanos.

En Aquileya, santa Eufemia, santa Doretea, santa Tecla y santa Erasma, quienes, habiendo padecido en tiempo de Neron muchos tormentos, fueron decapitadas por los tiranos, y sepultadas por Hermagoras.

En Capua, san Aristéo, obispo, y el niño san Antonino, ambos mártires.

En Nicomedia, el suplicio de santa Basilisa, virgen y mártir, que á la tierna edad de nueve años superó con el divino auxilio los tormentos del fuego, del látigo y de las fieras, en la persecucion de Diocleciano y bajo el presidente Alejandro, muriendo en medio de fervientes súplicas.

En la propia ciudad, san Zenon y san Cariton, mártires, arrojado aquel en una caldera de plomo derretido, y este en una grande fogata.

En Córdoba, san Sandalo, mártir.

Dicho dia, san Aigulfo, abad de Lerins, y sus santos monjes, á quienes decapitaron, despues de haberles arrancado la lengua y sacado los ojos.

En Toul de Francia, san Mansu, obispo y confesor.

En Milan, el tránsito de san Auxano, obispo.

Dicho dia, la muerte de san Simeon Stilita el mozo.

En Roma, el ensalzamiento al trono pontificio del incomparable san Gregorio el Magno. Colocado en él

á pesar suyo, supo difundir sobre el universo desde aquella encumbrada atalaya brillantísimos rayos de santidad.

En Sens, san Ambrosio, obispo.

En Nonnant de Normandía, san Godegrando, obispo de Seez, hermano de santa Oportuna.

En el monte Titan, en la Romania, el fallecimiento de san Marino, confesor.

En Siria, san Aristo, obispo y confesor, en tiempo de Constancio.

En Como, san Martiniano, obispo.

En Palestina, el venerable Teoctisto, abad del monasterio de san Eutimo.

En Etiopia, los santos mártires, Oronte, Raurava, Saul y Save.

*La misa es en honor de las dos santas, y la oracion la siguiente.*

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Serapiae et Sabinæ palmas incessabili devotione venerari; ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis. Per Dominum nostrum...

*La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustinetis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate

Concedenos, Señor Dios nuestro, la gracia de que celebremos con continua devoción las victorias de tus santas mártires Serapia y Sabina, para que, ya que no podemos honrarlas como merecen, les rindamos á lo menos nuestros reverentes obsequios. Por nuestro Señor...

Hermanos: El que se gloria, gloriése en el Señor. Porque el que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero

me: Æmulor enim vos Dei amulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

con todo eso, sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

## NOTA.

« Cuando san Pablo no tenia ya que padecer por » parte de los gentiles, ejercitaron mucho mas su » paciencia los falsos hermanos. Procuraban estos » apóstoles intrusos impedir el fruto de su predicacion, » abatiéndole, despreciándole y desacreditándole con » mil calumnias, con cuya motivo se vió obligado el » santo apóstol á escribir esta segunda epistola á los » Corintios. »

## REFLEXIONES.

*En que se gloria, gloriése en el Señor.* Una de dos, ó las cosas de que uno se gloria, y de que hace vanidad son de tal naturaleza que no se pueden atribuir á Dios, y entonces es harto vana, harto lastimosa su gloria; ó son de aquellos talentos que el mismo Señor nos comunicó para que usásemos de ellos conforme á sus altos fines; y en tal caso es el hombre muy injusto si se los atribuye á sí mismo. Con efecto, ¿qué mérito comunicará á una persona un magnifico tren, un rico aderezo, un pomposo vestido, un nacimiento ilustre, nobles y antiguas posesiones, si la persona que sale al teatro del mundo con todo este aparato no tiene en sí ni mérito ni virtud? ¿se la darán los paños preciosos, las telas delicadas, las magnificas carrozas, ni los hermosos caballos? El apellido rumboso y antiguo ¿da entendimiento al que no le tiene? y la indevoción ¿perdera nada del desprecio que merece, y de lo pernicioso que es, por verse colocada en un puesto elevado, adornada con una garnacha, ó em-

puñando un baston de general? ¿serán por eso buenas las costumbres estragadas? Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera que se hallen: si aquellos á quienes el Señor favoreció con ellos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y de su valor; pero los que se atribuyen á sí mismos la gloria, cometen una especie de latrocinio que los hace delincuentes. *No es recomendable el que se alaba á sí mismo.* Aun cuando la vanidad de alabarse no produjera mas que el desprecio y la bajeza, bastaria para huirla. ¿Qué juicio hacen de ella los hombres? El mismo alabarse uno á sí propio quita el mérito á las acciones mas loables, echa en ellas un borron y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria y de un entendimiento limitado que el incensarse á sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar el mal olor de este incienso, y solo huele bien al que se perfuma con él. ¿A qué fin hacer ostentacion de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante se gloriase con la ridícula vanidad de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplejia, una enfermedad de pocos dias, una desgraciada caída para trastornar el mas despejado entendimiento, para marchitar esas brillantes y pomposas flores, y para desvanecer en humo los mas nobles, los mas descollados y peregrinos talentos. ¿A qué fin engreirse de lo poco bueno que somos capaces de hacer? ¿Para qué sacarlo á luz de manera que nos pueda granjear la estimacion de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin exponerlo á los ojos de todo el mundo. Toda esa ansia de ser vistos es buena prueba de que solo trabajamos por respetos humanos. Si el Señor nos colo-

care en algun puesto donde nos sea necesaria la estimacion de los hombres, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce á alabarnos á nosotros mismos, tiene mucho de lo que se llama parvulez.

*El evangelio es del cap. 13 de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus litus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exhibent angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. At illis: Ideo omnis scriba doctus in regno

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy gozoso de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una de gran precio, se marcha, y vende cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces; y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Dijoles: por eso todo escriba instruido en et

caelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera. reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

### MEDITACION.

#### DEL ESPÍRITU DEL MUNDO.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que no tiene Jesucristo, por decirlo así, enemigo mas cruel que el espíritu del mundo. Con verdad se puede decir que este tirano, orgulloso con sus conquistas, y arrogante con el número de sus ciegos parciales, entró á ocupar el lugar de los mas poderosos enemigos del cristianismo. La persecucion que hace hoy á la Iglesia es al parecer mas perniciosa que la de los mismos Dioclecianos. Este es aquel espíritu seductor, que, por vengarse de los terribles anatemas que fulminó contra él el mismo Hijo de Dios, todo lo pone en movimiento para desacreditar la doctrina de Jesucristo y sus mas infalibles máximas. Este es aquel espíritu réprobo que en todas partes persigue á los buenos; que se mofa de los mas augustos misterios de la religion; que desprecia y se burla de las verdades mas terribles, y que emplea todos sus infernales artificios para extinguir, si pudiera, el espíritu de Jesucristo en medio del cristianismo; introduciendo aquel espíritu que pone tedio y disgusto en todos los ejercicios que encaminan á la piedad y á la devocion, y que trabaja (¡ó Dios, y con qué desgraciada felicidad!) en establecer sobre las ruinas de la religion las máximas que reinan el dia de hoy en el mundo. Él es el que casi desterró del mundo cristiano la modestia, la gravedad, la circunspeccion y la amable sencillez; el que hizo desaparecer la buena fe y la rectitud; el que ha reducido á casi

nada las obligaciones de la religion entre los grandes y las personas de distincion; y en fin, este es aquel espíritu que, extendiéndose y derramándose por todo el universo, ha desfigurado el semblante de la tierra, que tan dichosamente habia renovado el espíritu de Dios. Lleno está el dia de hoy todo el universo de este espíritu del mundo; pudiéndose decir que este es el espíritu dominante que todo lo gobierna. Y á la verdad, ¿no es este aquel espíritu con quien se consultan todos los negocios, que reina en todas las conversaciones, que forma las conexiones y las amistades, y que arregla las modas, los usos y las costumbres? Se discurre segun él, se juzga segun él, se habla segun él, todo se hace y todo se gobierna segun él. Hasta el mismo servir á Dios se quisiera hacer segun el espíritu del mundo, acomodando á él el espíritu de la religion; y como el espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresia, de aquí nace que en el mundo todo es falso, todo aparente; falsos gustos, falsos honores, falsas alegrías, falsas amistades, falsas prosperidades, falsas promesas y falsas alabanzas. Esto en cuanto á los bienes exteriores: en cuanto á los interiores, falsas virtudes, falsa prudencia, falsa moderacion, falsa hombría de bien, falsa devocion, falsa humildad, falso zelo, falsas limosnas, falsas conversaciones y falsa penitencia. De aquí nace que los hombres, llenos de este espíritu, parece no tienen otro estudio que engañar á los demás, y engañarse á si mismos. Es el mundo, dice el Apóstol, como una representacion, como una comedia, donde todo pasa en figura. ¡Buen Dios, cuando abrirán los cristianos los ojos para ver la malignidad de un espíritu que tiene á tantas almas en el infierno?